

## **45 AÑOS DE CIENCIA POLÍTICA EN MÉXICO**

*Luis Alberto de la Garza*

Quisiera comenzar este trabajo con una interrogante que tal vez parezca ociosa. ¿Por qué celebrar los cuarenta y cinco años de la Ciencia Política como disciplina universitaria en nuestro país? Por supuesto, la respuesta será tan obvia como la celebración de nuestros cumpleaños, o los infinitos rituales de la sociedad humana. Pero en esta ocasión, la intención va acompañada de una preocupación generalizada entre todos aquellos que se ocupan de la sociedad humana, expresado de manera brillante en las siguientes palabras del historiador inglés Eric Hobsbawm:

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven. Esto otorga a los historiadores, cuya tarea consiste en recordar lo que otros olvidan, mayor trascendencia que la que han tenido nunca, en estos años finales del segundo milenio. Pero por esa misma razón deben ser algo más que simples cro-

nistas, y compiladores, aunque ésta sea también una función necesaria de los historiadores (*Historia del siglo XX*, p. 13).

La cita, además de pertinente, me da pie para una confesión o comercial, el no ser un politólogo de formación, sino un tráfuga, como me reclaman mis colegas, de la historia. Esta “deformación” profesional me lleva entonces a tratar de “recordar lo que otros olvidan” y hacer aquí un relato de la génesis y desarrollo de la Ciencia Política en nuestra Facultad, a través de una licencia autobiográfica o de “observador participante”, como dirían los sociólogos.

Reconozco, de entrada, que es mi visión de esta génesis y desarrollo lo que trataré, y no un estudio erudito y especializado que dejaré para otros profesionales de la disciplina.

Mi vida coincide y supera todos los años que tiene la carrera de Ciencia Política, y desde mi infancia hasta el presente, he tenido conciencia de ella, es decir, he acumulado puntos de vista y prejuicios tanto en mi condición de contemporáneo como de miembro de la Facultad.

Ello no significa estar familiarizado con el conocimiento especializado que tienen mis colegas, ya que en muchos aspectos mis saberes en Ciencia Política son superficiales y fragmentarios. Por lo mismo, este texto se sustenta en bases desiguales que van desde mis recuerdos infantiles y de juventud como estudiante universitario, hasta el conocimiento acumulado a lo largo de los años, los recuerdos y opiniones de quienes he conocido como profesor en más de 25 años, o en la simple vivencia en estas instalaciones, que me da una idea de la transformación ocurrida en la disciplina. Si soy capaz de explicar esta transformación, será en gran parte por lo que he aprendido observando, escuchando y que depende, por supuesto, de lo que puedo recordar.

Retomando un excelente texto de Tomasi di Lampedusa, “creo que los recuerdos de la infancia consisten para todos en una serie de impresiones visuales, muchas de ellas muy claras, pero carentes de todo sentido cronológico. “Por ello seguiré, como este autor, el método de agrupar algunos temas, proponiéndome dar una impresión global y no una rigurosa sucesión temporal.

Lo que vienen a continuación, es una acumulación de impresiones que considero tanto más preciosas cuanto más comunes, a fin de tratar de preservar algo que de otra manera puede perderse para siempre, pues parece que la memoria histórica ya no está viva, como demostró la mayoría de nuestros egresados en un desayuno que reunió a muchos de ellos, que ignoraban la existencia de un himno de la Facultad.

Uno de los más viejos recuerdos que me es posible precisar en el tiempo, porque se refiere a un hecho históricamente controlable, se remonta precisamente a la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas, porque mi padre ingresó a ella (el primer miembro de la familia que pasaría por aquí) cuando yo tenía seis años. Recuerdo muy bien algunos aspectos de aquella entrada, pero ningún comentario verbal del sentido de ese ingreso. En cambio, veo, oigo y revivo a muchos personajes, que mucho después supe constituirían la generación fundadora, es decir, cuyo sentido histórico se me ofreció años más tarde.

Entre muchos otros, recuerdo una Escuela fiesterera, con hombres y mujeres desiguales en edad y perspectivas, pero unidos por los lazos escolares que crean una generación. Esta fijación fiesterera me lleva a innumerables salidas en grupo los fines de semana, pero sobre todo a una fiesta, realizada en la casa familiar, que para mi sorpresa infantil, era de disfraces. Quizá de ese gusto por el disfraz proceda el espíritu camaleónico de los politólogos.

Años más tarde, tengo recuerdos de comentarios aislados, aunque ya no de personas, que hablaban de los maravillosos momentos fundacionales, así como de la ingenuidad de muchos aspirantes, que llegaban a la Escuela para preguntar el número de años que se requería estudiar para senador o presidente municipal, mi primera relación con la Ciencia Política en la década de los cincuenta. Aunque no ligado directamente a la Ciencia Política, de aquel periodo me viene a la memoria lo que podría llamar mi primer recuerdo de un hecho político: la represión obrera y del magisterio en 1958.

La década siguiente, ya de estudiante universitario, recuerdo una todavía Escuela, a la que acudía un hermano mayor. La época de la emergencia socialista, de los maestros "rojos", articulistas de la revista *Política*,

---

y de un momento destacado de participación estudiantil a través de las sociedades de alumnos. Recuerdos de la “escuelita”, de la frecuente agitación de las campañas electorales para conquistar la sociedad de alumnos, en donde se manifestaba ya no sólo en el estudio o la lectura, sino también en la práctica, una nueva concepción de la política. Por primera vez, aunque fuera a nivel universitario, agrupaciones de izquierda tomaban la delantera y derrotaban al priísmo estudiantil de la otra poderosa Federación de Estudiantes Universitarios.

Imágenes también de las acaloradas discusiones en la cafetería de Políticas, la única por cierto de todas las universitarias en que se podía tomar un capuchino y Tacho servía con corbata de moño y filipina blanca, verdadera aula de formación de los estudiantes. Época también del inicio de los “ismos” y las modas intelectuales, en las que todo estudiante que se respetara traía bajo el brazo el texto de moda. Tiempo, igualmente, de inquietudes y utopías que desembocarían en los movimientos estudiantiles de 1966 y 1968, sobre los que volveré más adelante.

En un aspecto más específico de la disciplina, la década resulta interesante no sólo por los análisis periodísticos y combativos de muchos de los profesores de la época, ambiente de discusión intelectual de gran relevancia y de signos ideológicos encontrados, militancia y participación en parte derivados del fenómeno de la revolución cubana, sino también por la aparición de dos textos precursores de la discusión sobre el futuro político del país: *La democracia en México*, de Pablo González Casanova, y la crítica que del mismo realizara poco después Víctor Flores Olea. No se trataba de politólogos de formación, en una escuela sumamente joven, pero en ese ambiente se formaron muchos profesionales de la Ciencia Política, que serían a su vez los maestros de las generaciones que participan en este ciclo, además de que estos trabajos serían punto de partida para el análisis de la democracia en nuestro país.

Ambos textos constituyen, a mi juicio, aportaciones novedosas y originales que dan cuenta de un estilo diferente de análisis político y de la política, abriendo camino al desarrollo de la disciplina, de manera independiente del juicio que hoy se pueda realizar sobre ellas. La apertura académica se nutría, como ya señalaba, de la actividad política y se refle-

---

jaba en los intentos por llevar a la práctica una democratización de las estructuras universitarias.

El siguiente salto se refiere a las movilizaciones de 1966, tal vez uno de los momentos cruciales de la vida política nacional y universitaria. Si bien no fue en Ciencias Políticas donde se inició el movimiento estudiantil que terminaría con la rectoría del Dr. Ignacio Chávez, maniobra típica de las pugnas intergubernamentales manejada desde la Facultad de Derecho, sí sería en buena parte la participación de escuelas como Políticas, la que dotaría al movimiento de un sentido más estructural.

El hecho mismo del avance de organizaciones estudiantiles reformistas en los años anteriores, así como de la politización y movilización del estudiantado, permitió recoger demandas de mayor aliento para la vida política, más allá de la petición de renuncia del rector. Las reformas del 66 no fueron, por supuesto, obra de Ciencias Políticas, pero la experiencia que la Escuela había adquirido, conjuntamente con otras facultades y escuelas, marcó el antecedente de las grandes movilizaciones de 1968.

El mismo Lampedusa señala en otra parte de su obra *Relatos*, que

llevar un diario o escribir, a cierta edad, debería ser un deber "impuesto por el Estado": el material acumulado por tres o cuatro generaciones alcanzaría un valor incalculable, y muchos problemas psicológicos e históricos que asedian a la humanidad quedarían resueltos. No hay memorias, inclusive las escritas por genes insignificantes, que no encierren valores sociales y pintorescos de primer orden... ¿Imagináis lo que sería el diario de una alcahueta parisiense de la Regencia o los recuerdos del criado de Byron durante su época veneciana? (Lampedusa, p. 91).

Desde hace muchos años un estimado colega me ha repetido que debería escribir una historia de la Facultad en este sentido, sin embargo podría yo repetir la respuesta de aquella vieja dama de intensa vida social a la que la nieta le pide escribir sus memorias para hacerse de algún dinero, dado el conocimiento que tienen de mucha gente importante, y la señora le dice: ¿Y de qué crees que hemos estado viviendo todos estos años?, justamente de no escribirlas.

No es necesario haber estado presente en grandes acontecimientos para

saber de ellos, ni tener la información de personajes destacados para conocer la verdad sobre ciertos hechos, dado que ellos sí tienen memoria histórica, por lo cual las más de las veces hablan a título oficial, es decir, sin nada que pueda comprometerlos. Recuerdo que en alguna ocasión el Lic. Luis Echeverría, ya como ex-presidente, invitó a un grupo de alumnos y profesores de la Facultad a charlar con él. La agenda, de varias sesiones, estaba abierta para hacerle todo tipo de preguntas sin restricción alguna, pero se reservaba —por supuesto— el derecho de responderlas con cualquier cosa. Resulta inútil señalar que no obtuvimos ninguna información novedosa acerca de temas candentes como el movimiento del 68, la matanza del 10 de junio o la caída del rector Pablo González Casanova.

En 1968 volví a Ciencias Políticas como exiliado, pues siendo profesor en la Preparatoria 1 que había sido tomada por el ejército luego del tristemente célebre bazukazo que derribó las puertas de San Ildefonso, los estudiantes y algunos maestros encontramos en Políticas nuevas bases de operación para continuar el movimiento que ya para entonces se había generalizado.

De nueva cuenta puedo señalar que no fue Ciencias Políticas la que originó el movimiento, pero sí que el desarrollo del mismo estuvo fuertemente influido por las propuestas del estudio de la política que se hacía en ella. Quisiera subrayar en este sentido que la importancia del estudio de la disciplina se debió, desde entonces, a la práctica política que ella entrañaba.

Los cursos de invierno y de verano que dieron fama a la Facultad durante mucho tiempo se dieron precisamente en aquellos años, constituyendo un abrevadero de notable influencia para la consolidación de la Ciencia Política en México.

La transformación de la escuela en Facultad, con la consecuente creación del posgrado en Ciencia Política, hablan sin duda de la maduración de la disciplina y de la especialización creciente del politólogo. Sería difícil hablar de todos los resultados de investigación que se han dado en el posgrado de Ciencia Política, sin cometer injusticias por omisión; sin embargo, creo que si me dan su confianza de antemano, podríamos estar de

acuerdo en un trabajo que marca de manera destacada la maduración a la que acabo de hacer referencia, *La ideología de la Revolución Mexicana*, de Arnaldo Córdova.

En los años siguientes, ya en la década de los setenta, y con otro hermano estudiando en la Facultad, se dieron nuevos impulsos en el fortalecimiento de la misma con el establecimiento del Centro de Estudios Políticos con investigadores especializados; la fundación de la revista *Estudios Políticos*, que cuenta ya con veinte años de existencia, la aparición de un programa radiofónico que se mantuvo por muchos años en Radio UNAM, llamado *Actualidades Políticas*; las modificaciones de los planes de estudio en distintas ocasiones, que fueron el modelo para la mayor parte de las escuelas del país en donde se impartía la carrera, y de manera singular, por las aportaciones de un distinguido grupo de exilados sudamericanos que hicieron de la Facultad durante esos años un centro internacional de las ciencias sociales.

De nueva cuenta la impartición de la Ciencia Política estuvo íntimamente ligada al quehacer político nacional y universitario durante esa década, en la cual ingresé a laborar primero como profesor de asignatura y más adelante como personal de carrera. Los efectos del aperturismo democrático del echeverrismo, se manifestaron de muchas maneras que hoy podemos juzgar sin duda con mayor ecuanimidad, pero que sólo pueden entenderse en un contexto histórico determinado, que es necesario estudiar y comprender a pesar de sus dificultades.

Desde un pequeño texto que apareció con la firma de un grupo de intelectuales, entre los que se encontraban algunos profesores de la Facultad, titulado *Echeverría o el fascismo*, o la colaboración de varios de ellos en ese sexenio, pasando por el nombramiento del primer rector surgido de la Facultad, hasta la propuesta y creación del sindicalismo universitario o el apoyo a los movimientos antidictatoriales sudamericanos, se puede constatar el desarrollo de una Ciencia Política vinculada, para bien y para mal, al acontecer político nacional.

Los antecedentes y la formulación de los nuevos planes de estudio en 1975-1976, con la institucionalización del estudio del marxismo junto a la difusión de la ciencia política norteamericana, marcarían profundamente

el desarrollo de la disciplina, pues si bien es cierto que en teoría predominaba el primero, también lo es que la metodología funcionalista daría origen a nuevas formas de estudio y comprensión de la realidad, mucho más empíricas, como contraparte de la sobreteorización derivada del estudio casi escolástico de *El Capital*, con sus disputas por la pureza del dogma por parte de los diferentes gurus y grupos de acólitos que proliferaron en esa época, de los cuales formaba parte un hermano más.

Por supuesto que todo ello es motivo de una mayor reflexión y estudio, precisamente para evitar la destrucción de los mecanismos que vinculan la experiencia contemporánea de los jóvenes con las pasadas generaciones.

Las experiencias adquiridas en esos años serían fundamentales para explicar, en parte, la participación de los politólogos en el proceso de liberalización política que se fue desarrollando desde entonces. Aunque sin exagerar su importancia, la voz de los expertos en la materia comenzó a ser escuchada en los debates sobre las sucesivas reformas electorales que comenzaron en ese tiempo. Temas como los procesos electorales comenzaron a ser estudiados con seriedad, aun cuando para muchos constituían una pérdida de tiempo, pues éstos parecían ser sólo un fastidioso ritual del sistema.

Lo cierto es que los jóvenes de entonces, hoy ya no tanto, tenían por lo menos mucho mayor claridad sobre la importancia de la Ciencia Política, carrera que ya no servía como preparación para tener el título de diputado, aunque sí para ser “grillo intelectual”, en cuyo caso habría de tenerse una formación más sólida dadas las nuevas exigencias del mercado.

Un sorprendente resultado de la encuesta realizada hace unos años sobre los egresados de la Facultad, señaló que una parte importante de los egresados en Ciencia Política trabajaban en cuestiones estrechamente vinculadas con la carrera y sus remuneraciones fueron declaradas entre las mayores de los encuestados.

Creo que en estos tiempos difíciles un ciclo de mesas redondas como el que hoy iniciamos, no es sólo una manifestación de la madurez disciplinaria, sino una necesidad que exige la sociedad ante un mundo en el que no sabemos adónde dirigirnos. La pérdida del discurso político nacional, la destrucción de los mitos fundacionales de nuestro presente que, como

---

viejos mapas, guiaban nuestro destino individual y colectivo, hacen necesaria una dosis enorme de imaginación para saber adónde deberíamos dirigirnos.

Tal vez como señalara el gran helenista M. Finley, la

férrea coacción a que estaban sometidos los griegos y romanos los obligaba a inventar continuamente; a medida que surgían problemas o nuevas dificultades y a menudo imprevistos, los tenían que resolver sin la ayuda de precedentes o modelos

que son ejemplos de la notable inventiva humana (Finley, 1986). Esta falta de precedentes obligó a los griegos a inventar la política y a construir un mundo nuevo del que surgió, con todas sus limitaciones, el modelo democrático e individualista.

Si el capitalismo es —como parecería constatar su triunfo— una fuerza revolucionaria, lógicamente acabaría por desintegrar, como dijera Hobsbawm, “incluso aquellos aspectos del pasado precapitalista que le había resultado conveniente —e incluso esencial— conservar para su desarrollo” (Hobsbawm, p. 26). No es posible, de tal forma, pretender una modernización económica sin su correlativa modernización política, tarea en la que parecen estar empeñados muchos de los profesionales de la Ciencia Política y que augura un atractivo reto para aquellos que hoy se están formando.

Así como para el administrador público actual lo público no se reduce a lo gubernamental, para el nuevo politólogo la política debe ir más allá de la sociedad política para adentrarse en el espinoso terreno de la sociedad civil, de las nuevas perspectivas del mundo, así como de un futuro cada vez más complejo con grandes dosis de incertidumbre.

Frente a estas interrogantes sobre el futuro de los mexicanos (al menos mientras sigamos siendo tales) surgen las preguntas que se abordarán en los siguientes días, acerca de las instituciones, el multiculturalismo, el pensamiento político nacional y la globalización.

Esperemos que el prefijo *post*, tan característico de nuestra época, no nos conduzca a un mundo póstumo, y al menos para tratar de apreciar

con mayor nitidez hacia adónde nos dirigimos, valga la pena volver la mirada hacia atrás, y así saber qué camino nos trajo hasta aquí. Celebrar cuarenta y cinco años del desarrollo institucional de la disciplina es, pues, una excelente ocasión para reflexionar sobre nuestro presente y sobre nuestras posibilidades futuras.